

# Las misiones de papel

di MARTÍN M. MORALES S.J.  
 Pontificia Università Gregoriana



## 1. La historia y su escritura

“La ‘resurrección’ del pasado consiste en hacerlo como lo deseamos”<sup>1</sup>. Esta frase de Michel de Certeau parece cobrar aún mayor fuerza cuando la operación historiográfica se pone en marcha para intentar la construcción de la identidad institucional. Aún con las mejores intenciones el esfuerzo de plasmar el pasado redivivo se muestra siempre inadecuado ante las urgencias del presente que lo impulsan y determinan. La conmemoración del restablecimiento universal de la Compañía Jesús (1814) podría ser una de estas ocasiones en las que se invita al historiador a la fiesta. Su presencia podría recordar la célebre figura del convidado de piedra que asiste a la conmemoración mudo, quieto y grave. Su mudez, como sucede con la estatua rediviva de Don Gonzalo de Ulloa<sup>2</sup>, es el resultado de provenir de un mundo, el pasado, del cual ha tratado de aprender la lengua, más en el esfuerzo de traducirla para sus contemporáneos ha producido un lenguaje comprensible para ellos pero extraño para aquellos en nombre de quien habla. La incompreensión latente deberá ser camuflada con relatos que puedan tranquilizar la inquietud que resulta de saber que aquello que es fundamento y origen resta oculto y produce otro discurso. La mudez y solemnidad del convidado historiador se manifiesta en una narración que se establece como un canon, como una salmodia, que gracias a su tono grave, mas que por su contenido, pretende colocarnos al reparo de los vaivenes del tiempo.

Si estos límites estructurales de la operación historiográfica se los considera en el ámbito de la situación europea del primer decenio del siglo XX, en el que se cumple el primer centenario de la supresión de la Compañía de Jesús, aumenta aún más la dimensión paradójica y se presenta como una verdadera tarea de Sísifo el deseo de reconstruir la identidad a través de una narración histórica que se pretenda con rasgos de ejemplaridad, en medio de los horrores de la guerra. El año 1914 podría indicar cuánto poco y mal la historia, entendida como madre y maestra, haya podido enseñar a sus hijos. En esos años el sentimiento de pérdida y de luto se hace sentir con una inusitada fuerza. En julio de 1914 se desató el infierno de la primera guerra mundial. El 20 de agosto moría Pío X y unas horas antes había muerto el superior general de los jesuitas, el P. Franz Xavier Wernz.

<sup>1</sup> DE CERTEAU, MICHEL DE, *Historia y Psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. Universidad Iberoamericana, México, 1998, pp. 102.

<sup>2</sup> *El burlador de Sevilla y el convidado de piedra*. El mito del *Don Juan*, tradicionalmente atribuido a Tirso de Molina, inspiró las plumas de Juan Zorrilla, Molière e Lorenzo da Ponte quien realizara el libreto para el *Don Juan* de Wolfgang A. Mozart.

Esta coyuntura, con su aura dramática, pone de manifiesto la excepcionalidad de todo presente donde se realiza la operación historiográfica. El presente es lugar en el cual imaginamos que el pasado vive y se mueve, donde eventualmente se modifican los conocimientos y el deseo, se establecen los puntos de vista y las proporciones de los personajes y de los acontecimientos. Pero en realidad, somos nosotros los que nos movemos buscando el sentido de nuestras opciones presentes y la voz de un padre noble que nos autorice.

El artículo de Sigmund Freud<sup>3</sup>, *Consideraciones de actualidad sobre la Guerra y la Muerte* (1915) en sus primeras líneas, acierta en dos pinceladas los colores de aquel presente en el que los jesuitas retomaron el hilo de su historia interrumpido por la supresión de su orden. Los trazos que de la modernidad que se delinea, se asemejan a las descripciones que realizamos de nuestro presente: “el torbellino de esta época de guerra”, sin “atisbo alguno del futuro que se está estructurando” nos deja “descaminados en la significación que atribuimos a las impresiones que nos agobian y en la valoración de los juicios que formamos”. ¿Cómo podría liberarse la escritura de la historia de un presente donde, según el decir de Freud, no se reconocen más los privilegios del herido, donde no hay más diferencias entre población combatiente o inerme? ¿Cómo escribir la historia para las generaciones a venir cuando se mata como si no hubiera más futuro? ¿Cómo escribir la verdad de lo que fue, a partir de esos años en los que el Estado, que hasta el día anterior del estallido de la guerra había exigido la obediencia y la abnegación de sus ciudadanos y había proclamado valores, ahora usa la mentira y el engaño consciente? En los campos de batalla la que queda tendida es la verdad; también la que la historia reivindica para sí. La esperanza del mismo Freud que una “historia imparcial” testimonie en favor de la fuerza civilizatoria de Alemania se agosta en una pregunta que denota la inquietud en la que de ahora en más se moverá la escritura de la historia: “Pero ¿quien puede, en tiempos como éstos, erigirse en juez de la propia causa?” A pesar de las dudas de Sigmund Freud, la prensa católica se hizo eco del centenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús. Las antiguas violencias del siglo XVII volvían a proponerse en una escritura que las entrelazaba con los enemigos actuales. El destino batallador y martirial de la Compañía volvía atravesando los tiempos por un puente que unía a Lutero con la crisis modernista:

«Singular destino el de la Compañía de Jesús: nació en tiempos de espantosas borrascas para atajar los pasos de la mayor revolución que vieron los siglos; vivió en perpetua guerra contra todas las herejías y concupiscencias flechadas contra la Iglesia Católica, nuestra Madre; murió sin despegar los labios, dando heroico ejemplo de santísima obediencia; resucitó para volver a emprender la batalla con los errores y horrores modernos, y ahora cuando Europa arde por sus cuatro costados y se teme que la conflagración se propague por todo el mundo, cuando la inquietud y alarma invaden los corazones y el horizonte se cubre de nubes negras, está celebrando con la mayor tranquilidad el primer centenario de su resurrección por virtud de la Bula *Sollicitudo* de Pío VII...»<sup>4</sup>

<sup>3</sup> FREUD, S. “Zeitgemässes über Krieg und Tod”, *Imago* 4(1),1915.

<sup>4</sup> “Primer centenario de la bula ‘Sollicitudo’” en *El Siglo Futuro*, Madrid, 7 de Agosto de 1914.

## 2. Las misiones de papel

Para los jesuitas que en 1914 se disponían a celebrar el primer centenario de la Compañía restablecida, fue importante determinar cómo se habían comportado sus antecesores con las antiguas misiones al regresar a los territorios apostólicos. La historia escrita tendrá que socorrer, una vez más, a quien se asoma al pasado. La antigua Compañía se había representado en innumerables páginas en su acción misionera, desde la “florida cristiandad” de la antigua provincia del Paraguay, pasando por los mártires del Japón, a las misiones en China donde los jesuitas aparecen en la corte imperial midiendo el tiempo y el espacio. Por encima de las contradicciones las narraciones de las misiones se alzaban como un faro claro. Precisamente esa función apologética de los relatos misioneros ofreció el flanco e inspiró otra serie de páginas que pretendieron demostrar todo lo contrario. Para una escritura antagonista a la historiografía jesuítica era en el ámbito apostólico donde podía observarse el ánimo político de los jesuitas, sus ambiciones económicas, su estilo paternalista que mantenía a los destinatarios de la misión en un permanente estado de infancia. Las misiones jesuitas no sólo pasan a la historia, sobre todo pasan a la historiografía. Esto es, se colocan en un pasado, que como el término indica ya no es, pero “reviven” en escrituras que, aún presentándose con signos opuestos, pretenden dar cuenta de una ausencia.

Que la escritura de las actividades apostólicas fuera un campo de batalla para contrarrestar las críticas que provenían de otros ámbitos lo había ya entendido el P. José Cardiel, uno de los mayores cronistas de la antigua provincia del Paraguay. Las Reducciones en el siglo XVIII se erigieron como el arquetipo misionero. En su *Declaración de la verdad* (1758), donde se propone relatar la vida cotidiana de los pueblos, Cardiel considera que sus páginas son las mejores para combatir la madre de todas las diatribas: los *Monita segreta o instrucciones reservadas de los jesuitas* (1614) que habría escrito Jerónimo Zahorowski luego de haber abandonado la Orden por no habersele concedido la profesión solemne de cuatro votos. Su obra, afirma Cardiel, declara la verdad con un “estilo templado”. La vida en los pueblos de guaraníes con “este orden, concierto, regularidad, observancia, recato, con esta modestia, castidad y honestidad de costumbres, Sr. Libelista, es la ‘Monita secreta’ que amansa a las fieras y les infunde tanto respeto a lo sagrado”. El relato de Cardiel por momentos pareciera entrecruzarse con el viaje también imaginario del “Candide” de Voltaire (1759). El abrazo de dos tudescos en tierra extraña, “Cándido” y el “cura-comandante” de una de las reducciones, representa la paradoja de una escritura que, queriendo viajar lejos, no se mueve de Europa. Mientras los dos tudescos se funden en el abrazo, la vida de los pueblos de guaraníes pulsa en otro lugar.

## 3. La búsqueda de identidad

Establecer una continuidad con la historia de las misiones fue, para la Compañía restablecida en el siglo XIX, un modo para corroborar la propia identidad. Afirmar la

identidad es reconocer que, más allá de lo que se indica y se desea, hay diferencias. La escritura de la historia tentará de eliminar las diferencias que podrían asomarse entre la “antigua” y la “moderna” Compañía. Así lo expresó el P. Antonio Astrain en la introducción a su historia (1902): “Estas denominaciones [“antigua” y “moderna”] tienen un significado puramente cronológico, pues si atendemos a la organización y al espíritu, no existe ninguna distinción, y la Compañía de hoy es, por la bondad divina, la misma que salió de las manos de San Ignacio.”<sup>5</sup>

La concepción historiográfica que se fraguaba en los años de Astrain exigía que la idea de una Compañía de Jesús que atraviesa incólume los tiempos, no fuera sólo una verdad declamada sino que se confrontara con la “verdad” de los documentos. Para el caso de las misiones de la cuenca del Río de la Plata la obra del jesuita guatemalteco Rafael Pérez (1842-1901), “La Compañía de Jesús en Sudamérica”<sup>6</sup>, es un sendero privilegiado para observar la construcción de un pasado. Pérez trabajó los dos últimos años de su vida en el Colegio del Salvador de Buenos Aires donde se encontraba el archivo de la provincia. El archivo, que a su vez siempre se presenta en restos y no es jamás total, ofrece al historiador los materiales para que pueda realizar su obra de reconstrucción. Pérez tuvo a su disposición una serie de sedimentos documentales: unas cuatrocientas cartas de padres generales a la antigua provincia del Paraguay que no utilizó, junto con cartas y memoriales de la misión jesuita que se instalara en los primeros decenios del siglo XIX. Las cartas de los generales funcionaron como piedra de toque y sustento para la documentación más moderna. No hacía falta leerlas para “saber” que no sólo provenían de un pasado glorioso sino que también autorizaban el presente. Diez años más tarde del paso de Pérez por el archivo, Antonio Astrain hizo de ellas un primer uso, cuidadosamente seleccionado, para extraer su carga de ejemplaridad.

Rafael Pérez es heredero directo de los jesuitas que volvieron al Río de la Plata en 1836, como consecuencia de la expulsión decretada en España en 1835. En los motines de Madrid de 1834 habían sido asesinados quince jesuitas. Pérez introduce su trabajo con un preámbulo que establecerá, de una vez por todas, el lugar que ocuparán las antiguas Reducciones. Los jesuitas que regresan “solo encuentran los escombros, las cenizas humeantes aún de los numerosos pueblos formados por sus mayores: ¿dónde están sus habitantes? Han vuelto a la vida salvaje, viven en los bosques, habrá que emprender nuevas conquistas”. Las imágenes de las ruinas se sobreponen, las unas sobre las otras.

De ahora en más “las ruinas jesuíticas” no sólo serán un lugar que se ofrece a la contemplación del viajero sino los restos, el relicario, por sobre los que se fundará la nueva vida de los jesuitas en aquellas tierras. El fragmento que proviene del pasado no se integrará fácilmente en nuevas construcciones. Lo que falta a la ruina será colmado con páginas que evoquen la antigua gloria y le otorguen a los despojos una función

<sup>5</sup> ASTRAIN, A. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, T I, p. VII. Razón y Fe, Madrid, 1912.

<sup>6</sup> El título completo de la obra de Rafael Pérez es: *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil*. Henrich, Barcelona, 1901.



fundacional y casi sacra, por lo tanto intocable. Para la historia de la Compañía de Jesús que se restablece en América las antiguas misiones constituirán el origen, así como para la Compañía que se restaura en Europa el principio fue colocado en Roma, para pasar luego a Manresa.

#### 4. Las reducciones como ‘espacio para el deseo’

Los restos de la “Procura de las misiones” en la ciudad de Buenos Aires, que fue parcialmente reutilizada por los jesuitas que en 1836 volvieron con el P. Mariano Berdugo, es para Pérez otro lugar de evocación. La Procura, luego de la expulsión y posterior supresión de la Compañía fue destinada a distintos usos urbanos: se transformó en cuartel y en escuela pública. “Si inquirimos por la causa de semejantes metamorfosis – afirma Pérez – hallaremos que no es otra que la rapacidad de los Estados modernos que se enriquecen usurpando los bienes de la Iglesia”. Como no puede ser de otra manera, Pérez dirigiendo su mirada al pasado bosqueja su presente inquieto. Como jesuita conoció por dos veces el exilio; el primero lo vivió como estudiante, cuando la Compañía fue expulsada de Guatemala (1871), y el segundo ya como sacerdote (1881).

En los breves trazos de la introducción, Pérez da cuenta de la coyuntura que encontraron los jesuitas de regreso a las antiguas posesiones de la América española. “... ¿quién les prestara apoyo a los nuevos apóstoles? ... Emancipadas las colonias españolas, la anarquía y la disolución social domina en los desventurados países: las guerras intestinas se suceden unas a otras...”. Los misioneros tuvieron que relacionarse con los estados republicanos hijos aún más frágiles de los que habían subvertido el orden monárquico en Europa. En el caso específico de las provincias del Río de la Plata (Argentina, Paraguay, Uruguay) los territorios estaban cercenados por la presencia de diversos caudillos en guerra. Si las antiguas misiones se habían generado por el impulso de la monarquía y se insertaban, como toda la Compañía, en la sociedad cortesana, los nuevos apostolados serán también hijos de su tiempo. Las misiones que cobran vida en las páginas de Pérez son ocasionales y a pocos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, son las así llamadas misiones rurales, de campaña o misiones volantes.

De la correspondencia de Berdugo, que Pérez selecciona en su obra, una y otra vez las misiones aparecen como un espacio del deseo. En el origen de la constitución de este espacio se encuentra el sueño del mismo Berdugo, nunca realizado, de ser misionero en Filipinas.

La expulsión de los jesuitas de Buenos Aires (1841) y luego de Córdoba (1845) renueva en la nueva Compañía las vicisitudes de la antigua. El destierro pone en movimiento, una vez más, a un puñado de hombres hacia lo que fuera el corazón mítico de la antigua provincia del Paraguay. El P. Bernardo Parés, relata Pérez, salió del Colegio de Buenos Aires, con su compañero P. Anastasio Calvo, cargado de “gramáticas, vocabularios, catecismos, pláticas y confesionarios en lengua de los Guaraníes”. Estos libros impresos en el siglo XVIII en las reducciones de Loreto, Nuestra Señora de Fe y Santa María la Mayor, fueron el eslabón que los pondrían en contacto con “las antiguas reduc-

ciones que, aunque ya destruidas, quedan sin embargo restos de los neófitos Guaraníes que por tradición conocen á los Jesuitas y anhelan por volverlos a ver en sus tierras.”

El itinerario de Parés y su compañero se vuelve, como el de los antiguos, un viaje en el que a las débiles fuerzas del misionero se le presenta un cúmulo de trabajos. San Salvador (Entre Ríos, Argentina), Salto (Uruguay), hasta la entrada en el estado de Rio Grande do Sul (Brasil). Realizaron ocho misiones hasta llegar a Porto Alegre, para luego retornar a Asunción. El encuentro que reconstruye Pérez entre el P. Parés y el presidente del Paraguay Carlos Antonio López, anticipa los tiempos. López expresó su interés para que los jesuitas fueran maestros de matemáticas y de francés de su hijo Francisco. El P. Parés recordó al presidente que su intención era “establecer reducciones en el territorio y fronteras de la República”. La respuesta del presidente pareciera destinada a despertarnos de un sueño y a abrir la ventana a la dramaticidad del presente: “Mucho lo deseo, respondió López, porque a los indios o reducirlos o matarlos”.

Las condiciones políticas no permitieron se realizase el deseo de Parés. El misionero tuvo que aceptar la propuesta de López y se convirtió en maestro de una clase con doce estudiantes. En 1844 fueron expulsados los jesuitas del Paraguay. El nuevo exilio les cerró definitivamente el regreso a las antiguas misiones. Sobre este sino Rafael Pérez vislumbra los antiguos fantasmas que seguían aún merodeando por las ruinas:

«Este fue el término de la ambicionada misión del Paraguay donde tantos pechos apostólicos suspiraban por ir a levantar de entre sus ruinas las antiguas reducciones, infundir un soplo de vida a aquella cristiandad florida, despedazada entre las garras de Aranda y de Pombal, y cuya tumba conculcaron [José Gaspar Rodríguez de] Francia y ambos [Carlos y Francisco Solano] López».

## 5. La nueva frontera

La imposibilidad de llegar a las antiguas reducciones movió una vez más los pasos del misionero hasta ponerlo en contacto con los “bugres”, nombre despectivo, con el cual en la época se designaba a los indígenas de etnia xokleng y kaigáng en el estado de Santa Catarina (Brasil). El relato de Parés pareciera señalar un punto de ruptura a partir del cual aceptar los nuevos desafíos: “Estos indios son todos de los que acá llaman bugres coroados... es gente mucho más viva y parece más capaz que los guaraníes...”. Algo pareciera haber cambiado para no permitir las antiguas reducciones, para abandonarlas y pasar a nuevas fronteras:

«En lo demás – escribe Parés a su provincial – debo hacer saber V. R. que esto no es ni podrá ser cosa que se parezca á las antiguas reducciones, pues ni las circunstancias locales, ni las personales de los indios, ni las ideas del día lo permiten. No es posible aislar unas reducciones que se hallan tan inmediatas a las poblaciones y estancias, ni los indios acostumbrados a tratar con los cristianos de la vecindad sufrirían fácilmente ese aislamiento.»

Esta ineludible cercanía con los colonos desencadenará una serie de razias y asesinatos de la población indígena de las tantas que producirán las nacientes repúblicas americanas.

Más allá de esta coyuntura sociopolítica el P. Roothaan en una carta en respuesta a las correrías apostólicas del P. Berdugo delineó los nuevos desafíos que, según él, esperaban a los jesuitas tanto en América como en Europa:

«En medio de tantas necesidades de los prójimos y la extrema escasez de socorros espirituales, me parecen muy oportunas esas excursiones [misiones rurales] a fructificar por la campaña; pero no puedo menos de encargarle con el mayor ahínco que, puesto que hemos admitido y nos hemos encargado del Colegio de Buenos Aires, ocupe el primer lugar todo lo relativo a su recta administración, y nunca se saquen de él los sujetos necesarios por grandes que sean las esperanzas de fruto espiritual que en otra parte se presente.»

Para concluir:

«No sabe cuán grande es el bien que hace quien se consagra todo a la enseñanza y educación de la juventud, y cree que no hace nada y que haría mucho más y mejor si anduviera dando misiones: no lo sabe él, pero lo sabe Dios y se lo recompensará. Lo saben los enemigos de la religión, que no llevan a mal que nuestros operarios hagan misiones, en Francia por ejemplo; pero no pueden sufrir que la educación de la juventud se ponga en nuestras manos.»

La nueva frontera apostólica había quedado trazada. Habrá que esperar hasta el último cuarto del siglo pasado para verla puesta nuevamente en discusión y para que una vez más las miradas se dirijan a los restos del pasado para buscar un origen fundador.